Rudolf Steiner

PSICOLOGÍA OCULTA

1921



Digitalización y Arreglos
BIBLIOTECA UPASIKA
“Colección Antroposofía”

PSICOLOGÍA OCULTA

3 conferencias pronunciadas en Dornach (Suiza)
del 30 de septiembre al 2 de octubre de 1921

Primera Conferencia
El pensar, sentir y querer bajo el aspecto del conocimiento imaginativo. El karma del pasado y el karma que se genera.
Grundlinien einer okkulten Psychologie.
Denken, Fühlen, Wollen in Lichte der imaginativen Erkenntnis Vergangenes Karma und werdendes Karma
Página 3.

Segunda Conferencia
Los reinos de la Naturaleza y los reinos de las jerarquías superiores.
Die Naturreiche und die Reiche der hóheren Hierarchien
Página 15.

Tercera Conferencia
Principios de una psicología oculta.
Grundlinien einer okkulten Psychologie
Página 30.

Primera Conferencia
EL PENSAR, SENTIR Y QUERER BAJO EL ASPECTO. DEL CONOCIMIENTO IMAGINATIVO. EL KARMA DEL PASADO Y EL KARMA QUE SE GENERA.

Continuando lo expuesto en la semana anterior, deseo dirigir vuestra atención sobre una contemplación de la vida anímica desde el punto de vista del conocimiento imaginativo descrito en mi libro "¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?". Ascendiendo de nuestra conciencia común hemos de distinguir cuatro grados del conocimiento: en primer lugar el conocimiento que nos es propio en la vida común y en la ciencia común del presente, esto es, el grado de conocimiento que se expresa en lo que se puede llamar la conciencia temporal, la que en el sentido de dicho libro se llama el conocimiento objetivo; después **se** entra en la región de lo suprasensible, por medio de los grados cognoscitivos de la imaginación, la inspiración y la intuición. En el estado del conocimiento común, objetivo, no es posible considerar lo anímico. Lo anímico se experimenta, y experimentándolo se desarrolla el conocimiento objetivo, pero el verdadero conocimiento sólo se alcanza si se logra tener objetivamente presente el contenido de lo que se desea conocer. Esto no es posible en la vida anímica de la conciencia común. En cierto sentido es preciso retirarse un grado detrás de la vida anímica, a fin de que la misma llegue a estar fuera de nosotros; así se la podrá observar. Pero esto precisamente se logra por el conocimiento imaginativo.

En el ser humano distinguimos, como ustedes saben, el cuerpo físico, el etéreo o cuerpo de fuerzas formativas, en realidad una suma de actividades, después el cuerpo astral y el yo, si por ahora nos limitamos a lo que se manifiesta en el hombre del presente. Si elevamos la observación de la vida anímica, no en cuanto al conocimiento, sino a la conciencia, captándola como vida fluctuante, la diferenciamos, como es sabido, en el pensar, sentir, querer. Hay que tener presente que en la vida anímica común se entrelazan el pensar, sentir y querer. No es posible imaginarse el desarrollo de un pensamiento sin imaginarse a la vez el entretejerse de la voluntad en el desarrollarse del pensar. El modo de cómo agregamos un pensamiento a otro o cómo los separamos, es

absolutamente una actividad volitiva dentro de la vida pensante. Por otra parte, si bien el proceso queda poco claro (como siempre lo he explicado) no obstante sabemos que cuando actuamos por voluntad, en ésta se entretejen como impulsos nuestros pensamientos; quiere decir que en la vida anímica común no existe un querer aislado, sino un querer impregnado de pensamientos. Tanto más se entretejen pensamientos, impulsos volitivos y los sentimientos mismos en el sentir. Por lo tanto tenemos que distinguir en la vida anímica, entrelazándose, el pensar, sentir, querer. En mi libro "La Filosofía de la Libertad" se podrá ver que es preciso separar exactamente el pensar del sentir y querer, por la razón de que formarse la idea de la libertad humana sólo es posible a través de la consideración del pensar separado.

Por consiguiente, por decirlo así, si realmente captamos el pensar, sentir, querer, captamos al mismo tiempo el tejer de la fluctuante vida anímica. Y si luego a lo captado vivaz y espontáneamente lo consideramos al lado de lo que aprendemos a conocer por la ciencia espiritual antroposófica sobre el conjunto de los distintos principios del ser humano — cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral y el yo — el conocimiento imaginativo llega a la siguiente consideración:

Sabemos que durante la vida consciente desde el despertar hasta el dormirse tenemos en un cierto íntimo conjunto el cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral y el yo. Igualmente sabemos que durante el sueño tenemos, separados, por un lado el cuerpo físico y el etéreo, y por el otro lado el cuerpo astral y el yo. Si bien la expresión: el yo y el cuerpo astral se separan del cuerpo físico con el etéreo, sólo es correcta en sentido aproximado, es cierto que por el uso de la misma se llega realmente a una idea valedera. Desde el dormirse hasta el despertar el yo, con el cuerpo astral, está fuera del cuerpo físico y el etéreo.

Tan pronto como el hombre ascienda al conocimiento imaginativo, alcanzará cada vez más la capacidad de observar exactamente por la visión interior mediante el ojo anímico, lo que se puede experimentar, por decirlo así, como de un modo pasajero, en el ***status nascendi.*** Se lo obtiene y es preciso captarlo rápidamente, lo que realmente es posible. Se percibe entonces lo que en el instante del despertar como asimismo en el dormirse se puede observar con suma nitidez. Por el conocimiento imaginativo es posible observar esos instantes del dormirse y del despertar. Ustedes saben que según el referido libro una de las preparaciones necesarias para alcanzar conocimientos superiores consiste en el educarse a una determinada presencia de ánimo. Es que en la vida común apenas se habla de las observaciones que es posible

hacer desde el mundo espiritual, porque a los hombres les falta dicha presencia de ánimo. Si la misma se pudiera utilizar de un modo más intenso, todos los hombres podrían hablar en el presente de impresiones espirituales suprasensibles, porque en realidad éstas tienden a aparecer en el más intenso grado en los instantes del dormirse y del despertar, principalmente al despertar. Los hombres no se dan cuenta de ello sólo porque se utiliza tan poco la presencia de ánimo. Ciertamente, en el instante del despertar aparece ante el alma un mundo entero, pero al formarse ya se desvanece antes de que el hombre se preste a captarlo. Esta es la razón por la cual los hombres casi no hablan de ese mundo que aparece ante el alma y que en verdad es de suma importancia para la comprensión de la interioridad humana.

Lo que se sitúa ante el alma, si realmente se logra aprehender con presencia de ánimo el instante del despertar, es un mundo de pensamientos fluctuantes. No hay que esperar nada fantástico, pues así como se observa en el laboratorio químico también es posible observar aquel mundo con toda serenidad. Ese mundo de pensamientos fluctuantes existe y se lo puede distinguir fácilmente del mero ensueño. El mero soñar se desarrolla lleno de reminiscencias de la vida. En cambio, lo que tiene lugar en el instante del despertar no son reminiscencias de la vida, pues de ellas se pueden distinguir fácilmente los pensamientos fluctuantes. Estos se pueden traducir en el lenguaje de la conciencia; pero en el fondo son pensamientos extraños, son pensamientos que no podemos tener de otro modo si no los captamos por el discipulado de la ciencia espiritual, o bien, precisamente, en el instante del despertar.

¿Qué es lo que entonces captamos?. Con nuestro yo y el cuerpo astral hemos penetrado en el cuerpo etéreo y en el físico. Lo que se experimenta en el cuerpo etéreo se vive ciertamente en forma de ensueño. Y si, como lo he indicado, se aprende a observar sutilmente, por la presencia de ánimo, también se aprende a distinguir entre este atravesar el cuerpo etéreo en que aparecen las reminiscencias de la vida en forma de ensueño, y lo que sucede antes del pleno despertar, antes de tener después del despertar las impresiones sensorias. Pues entonces se experimenta el estar situado en un mundo de pensamientos que se tejen, un mundo en que no se vive como se viven los pensamientos de ensueño, de los cuales se sabe exactamente que se los tiene en sí mismo subjetivamente. Aquellos pensamientos se presentan objetivamente ante el yo y el cuerpo astral en el instante de penetrar y se nota exactamente que es preciso atravesar el cuerpo etéreo, pues durante este pasar por el cuerpo etéreo, se experimenta todo en forma de ensueño. Pero además se debe pasar

por el abismo, el espacio intermedio — por decirlo así, empleando una expresión impropia, pero en cierto modo más clara — entre el cuerpo etéreo y el físico y, al despertar, se penetra plenamente en lo etéreo-físico, percibiendo las impresiones exteriores físicas de los sentidos, pues en el instante de penetrar en el cuerpo físico se tienen las impresiones sensorias físicas exteriores. Lo que se experimenta como un tejer de pensamientos de índole objetiva, absolutamente tiene lugar durante el tránsito entre el cuerpo etéreo y el físico, quiere decir que se trata de un efecto recíproco de los cuerpos etéreo y físico. Por lo tanto podemos decir, si lo dibujamos esquemáticamente (véase dibujo, final del capítulo): esto (anaranjado) representando el cuerpo físico, esto (verde) el cuerpo etéreo, se nos da el viviente tejer de los pensamientos que captamos; y la observación nos conduce a la cognición de que entre nuestro cuerpo físico y el etéreo, estando despierto o durmiendo, continuamente se producen sucesos que en realidad consisten en el tejer de pensamientos entre el cuerpo físico y el etéreo (amarillo). Así se objetiva el primer elemento de la vida anímica: un tejer entre el cuerpo etéreo y el físico.

De este tejer de pensamientos en verdad no llegamos a ser conscientes durante la vigilia, pues es preciso captarlo de la manera relatada. Despiertos penetramos en el cuerpo físico con nuestro yo y el cuerpo astral. El yo y el cuerpo astral dentro del cuerpo físico impregnado del cuerpo etéreo participan de la vida de percepción sensoria, y en este estado se compenetran de los pensamientos cósmicos exteriores que ellos se forman a través de las percepciones sensorias; lo que a éstos les da el poder de predominar sobre aquel tejer de pensamientos objetivos. Esto significa que en el lugar donde de otro modo tejen los pensamientos objetivos, en cierta manera formamos, sobre la base de la sustancia de dicho tejer, nuestros pensamientos de la vida diurna, en relación con el mundo sensible. Sobre la base del tejer de pensamientos objetivos se forma el tejer de pensamientos subjetivos (blanco), predominando sobre aquel, pero desarrollándose también entre el cuerpo etéreo y el físico. Efectivamente vivimos — como ya lo he dicho de un modo impropio, pero comprensible — en el “espacio intermedio” entre el cuerpo etéreo y el físico, cuando nosotros mismos tejemos pensamientos en el alma. Con estos pensamientos subjetivos predominamos sobre los pensamientos objetivos que siempre existen en el estado de vigilia y durante el sueño. En la misma región de nuestra naturaleza humana existe el tejer de pensamientos objetivos y subjetivos.

¿Que significación tiene el tejer de pensamientos objetivos?. Si se lo percibe, aprehendiendo por presencia de ánimo el instante del despertar, se

capta esa vida de pensamientos objetivos, no solamente como mero elemento pensante sino como aquello que en nosotros vive como las fuerzas del crecimiento, las fuerzas vitales en general. Estas fuerzas vitales están aunadas con el tejer de pensamientos. Hacia adentro impregnan el cuerpo etéreo o vital, hacia afuera configuran el cuerpo físico. Es absolutamente así que aquello que captamos por la presencia de ánimo en el instante del despertar, lo percibimos hacia un lado como el tejer de pensamientos y hacia el otro como actividad de crecimiento y alimentación, lo percibimos como un tejer interior, el que realmente es algo viviente. En este caso el pensar en cierto modo pierde su plasticidad y su carácter abstracto; igualmente pierde los perfiles agudos. Se presenta como pensar fluctuante pero claramente reconocible como pensar. El pensar cósmico teje en nosotros, lo que experimentamos conjuntamente con el pensar subjetivo con el cual nos sumergimos en aquel. De este modo se nos ha presentado lo anímico en un determinado dominio.

Dando un paso más en cuanto al captar del instante del despertar por la presencia de ánimo encontramos lo que sigue. Si en el instante de pasar por el cuerpo etéreo con el yo y el cuerpo astral, somos capaces de captar el contenido del ensueño, lo percibimos plásticamente. En el instante del despertar las imágenes del ensueño tienen que desaparecer, pues de otro modo haríamos pasar el ensueño a la conciencia de vigilia, convirtiéndonos en soñadores despiertos, y perdiendo el juicio. Pero quien experimenta los sueños conscientemente, mediante la presencia de ánimo hacia atrás, es decir hasta el instante del soñar — téngase presente que el soñar común es experimentar reminiscencia, es en realidad un posterior recuerdo de los ensueños —; repito: si se capta el ensueño en el instante de producirse, justamente al pasar por el cuerpo etéreo, el ensueño mismo se evidencia como algo móvil, como algo que se experimenta como esencialidad, la que realmente se vive con el sentimiento. La imagen deja de ser meramente imagen, y se tiene la experiencia de estar dentro de la imagen. Este sentirse dentro de la imagen del ensueño, quiere decir que se siente un estar activo en lo anímico tal como comúnmente durante la vida despierta se está activo en lo corpóreo, en los movimientos de la pierna o la mano — el ensueño se experimenta entonces efectivamente así como se experimentan los movimientos corporales —, este captar del ensueño como esencialidad conduce a que a la experiencia del despertar se añada algo más: ocurre que el estar activo que se experimenta en el ensueño, se sumerge en nuestra corporeidad. Al igual que en el pensar sentimos que llegamos hasta el límite del cuerpo físico donde se encuentran los órganos sensorios, acogiendo las impresiones sensorias con el pensar, así

también sentimos que con lo experimentado en el ensueño como actividad interior nos sumergimos en nosotros. Lo que se experimenta en el instante del despertar, o más bien antes de tal instante, durante el soñar, cuando aún se está fuera del cuerpo físico, pero ya en el cuerpo etéreo, más exactamente en el instante de penetrar en el cuerpo etéreo, esto es lo que se sumerge en nuestra organización. Cuando se experimenta esta sumersión también se sabe lo que con ello sucede: lo sumergido se refleja en nuestra conciencia de vigilia, se refleja como sentimiento, como un sentir. Los sentimientos son ensueños sumergidos en nuestra organización.

Cuando lo que teje en el mundo exterior lo percibimos en aquel estado del tejer onírico, se trata de ensueños. Cuando los sueños se sumergen en nuestra organización y desde adentro llegan a ser conscientes, los experimentamos como sentimientos. Quiere decir que tenemos sentimientos por el hecho de que algo que está en nuestro cuerpo astral se sumerge en nuestro cuerpo etéreo y luego en nuestra organización física, pero no hasta los sentidos, es decir, no hasta la periferia de la organización, sino solamente penetrando en la organización interna. Al haberlo captado, en primer lugar claramente por medio del conocimiento imaginativo, en el instante del despertar, entonces se obtiene también la fuerza interior para percibirlo constantemente. Es que durante la vigilia soñamos constantemente, sólo que este soñar lo tapamos con la luz de nuestra conciencia pensante, nuestra vida de representaciones. Pero quien es capaz de dirigir la vista hacia debajo de la superficie de las representaciones — se alcanza tal capacidad a través de captar el instante del soñar por la presencia de ánimo —, también podrá experimentar el soñar de todo el día, debajo de la superficie de las lúcidas representaciones, sólo que este soñar no se experimenta como tal sino como constantemente sumergiéndose en nuestra organización y reflejándose como mundo de sentimientos. Y así sabe que el sentir se desarrolla entre el cuerpo astral (ver dibujo, blanco) y el cuerpo etéreo, expresándose naturalmente, en el cuerpo físico. El origen del sentir se halla realmente entre el cuerpo astral y el etéreo (rojo). Así como el cuerpo físico y el etéreo deben actuar juntos recíprocamente de un modo vivaz para que haya vida de pensamientos, así también el cuerpo etéreo y el astral tienen que hallarse en un viviente actuar recíproco, para que se tengan sentimientos. En el estado de vigilia experimentamos como nuestro sentir ese viviente actuar recíproco del cuerpo etéreo y el astral entrelazados. Cuando dormimos experimentamos lo que el cuerpo astral, que entonces está afuera, experimenta en el mundo etéreo exterior, como las imágenes del ensueño, las que existen durante todo el

sueño, pero que no se perciben con la conciencia común, sino como reminiscencia en los fragmentos de que se componen los ensueños comunes.

Esto nos enseña que para poder captar la vida anímica es preciso dirigir la vista hacia el espacio entre los principios constitutivos de la organización humana. Nos imaginamos la vida anímica como un fluctuante pensar, sentir, querer (de este últimos hablaremos enseguida). Captamos la vida anímica objetivamente si en cierto modo miramos lo que sucede en los espacios intermedios de los cuatro principios, cuerpo físico y etéreo, y cuerpo etéreo y astral.

Lo que encuentra su expresión en el querer, se substrae absolutamente a la consideración de la conciencia común durante el estado de vigilia como frecuentemente, desde otros puntos de vista, lo he explicado. En la conciencia común existen las representaciones según las cuales orientamos nuestro querer, existen los sentimientos que se desarrollan en relación con las representaciones como motivos para nuestro querer; pero en la conciencia común no sabemos cómo aquello que como contenido de las representaciones existe claramente en la misma, va descendiendo en el organismo cuando sólo muevo los brazos en el querer. Cuando el investigador espiritual desarrolla en sí la imaginación a fin de considerar la naturaleza del pensar y del sentir, como lo he explicado, también podrá llegar a ser consciente de lo que el hombre experimenta entre el dormirse y el despertar. En los ejercicios para llegar a la imaginación se fortalecen el yo y el cuerpo astral, ambos se fortalecen en sí mismos, aprenden a conocer la vida de sí mismos. Es que en la conciencia común no se tiene el yo verdadero. Para explicarlo tengo que hacer siempre de nuevo el siguiente parangón: si se observa la vida por medio del recuerdo, la misma se presenta aparentemente como una corriente cerrada (uniforme). Pero no es así, sino que es preciso abarcar con la vista hacia atrás el día de hoy hasta el despertar, luego sigue una parte vacía, y a ésta se añade el contenido consciente del día de ayer, siguiendo así.

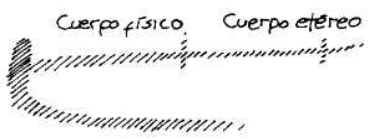


Lo que en el recuerdo observamos contiene, por cierto, los estados que no pertenecen al contenido conscientemente vivido, pero sí al contenido en otro sentido. Una persona que no pasase por el sueño — hipotéticamente mencionado — tendría un recuerdo totalmente destruido; el recuerdo le deslumbraría, por decirlo así, de modo que el contenido de la conciencia recordativa lo experimentaría como algo enteramente extraño, deslumbrante.

Embargado por la impresión tendría que renunciar, pues no sería capaz de sentirse a sí mismo. Solamente por el hecho de insertarse en el recuerdo los estados de sueño, se amortigua el resplandor, de manera que somos capaces de soportar el recuerdo, de mantenernos firmes, frente al mismo. Lo que digo se podría corroborar por la observación empírica de vidas humanas, por comparación.

Pero al igual que en lo descrito sentimos la actividad interior en la recordación, así también sentimos en realidad nuestro yo a través de todo nuestro organismo. Se podría decir que lo sentimos así como percibimos los estados del sueño, los espacios obscuros en la recordación, por decirlo así. Para la conciencia común no percibimos el yo directamente, sino tan sólo como percibimos los estados del sueño. Pero cuando adquirimos la conciencia imaginativa, aparece efectivamente el yo; el mismo es, por cierto, de naturaleza volitiva. Nos damos cuenta: lo que en nosotros eleva un sentimiento al carácter activo del querer, un sentimiento que tiende a sentir con el mundo de una manera simpática o antipática, esto tiene lugar en un proceso parecido al proceso que se realiza entre el estado de vigilia y el pasar al estado del dormir. Esto también se puede observar a través de la presencia de ánimo si para el dormirse se desarrollan las mismas capacidades como las descriptas para el despertar. En el dormirse se nota entonces que se lleva al estado durmiente lo que como actividad irradia de la vida de los sentimientos y que irradiando penetra en el mundo exterior; y de este modo se llega a conocer que cada vez que se desarrolla una actividad volitiva uno se sumerge en un estado parecido al del sumergirse en el estado durmiente. Se trata de un sumergirse en un sueño interior. Lo que sucede en el dormirse cuando el yo con el cuerpo astral se desprende del cuerpo físico y el etéreo, esto tiene lugar cada vez interiormente en el querer. Se entiende que lo que acabo de describirles es mucho más difícil de realizar que lo primeramente descrito, puesto que por lo general es mucho más difícil captar, por la presencia de ánimo, el instante del dormirse que aquel del despertar. Después del despertar estamos en el estado de vigilia, lo que nos permite apoyarnos en las reminiscencias. En el estado del dormirse debemos mantener el estado de vigilia hasta en el estar dormido, si queremos llegar a tener una observación. Pero por lo común el hombre cae en el sueño, no continúa manteniendo la actividad del sentir hasta en el dormirse. Si lo logra, a través del discipulado del conocimiento imaginativo, verá que en el querer efectivamente se realiza un sumergirse en el mismo elemento en el que uno se sumerge al dormirse. En el querer efectivamente quedamos libres de nuestra organización, nos unimos

con la objetividad real.



Así como en el despertar penetramos a través del cuerpo etéreo y del cuerpo físico, hasta la región de los sentidos, es decir hasta la periferia del cuerpo, en cierto modo compenetrando todo el cuerpo, así por otra parte, sumergiéndonos, hacemos volver en el cuerpo, en el sentir, nuestros sueños; éstos llegan a ser sentimientos. Pero si no quedamos en el cuerpo sino, sin llegar a la periferia del cuerpo, espiritual-mente salimos del cuerpo, entonces llegamos al querer; de modo que en realidad el querer se realiza libre del cuerpo. Ciertamente con ello digo mucho, pero debo exponerlo porque es una realidad. Captándolo llegamos a entender que — si aquí tenemos el yo (ver dibujo, azul), el querer se desarrolla entre el cuerpo astral y el yo.

Por consiguiente, podemos decir: sabemos que el ser humano está constituido por el cuerpo físico, el cuerpo etéreo (o cuerpo de fuerzas formativas), el cuerpo astral y el yo. Anímicamente se desarrolla el pensar entre el cuerpo físico y el etéreo; entre éste y el cuerpo astral se forma anímicamente el sentir; y entre el cuerpo astral y el yo se forma anímicamente el querer (lila). En la periferia del cuerpo físico tenemos la percepción sensoria. Cuando por el actuar del yo salimos de nosotros, colocando en el mundo exterior toda nuestra organización, el querer llega a ser acción, el polo opuesto a la percepción sensoria (ver esquema).

De este modo se capta objetivamente lo que subjetivamente se experimenta en la fluctuación del pensar, sentir y querer; la experiencia se transforma en el conocimiento. Toda psicología que trata de captar de un modo distinto la fluctuación del pensar, sentir y querer, no pasa de ser formal porque no llega a ver la realidad. Únicamente el conocimiento imaginativo puede llegar a la realidad en cuanto a la vida anímica.

Consideremos ahora lo que de nuestras contemplaciones en cierto modo apareció como un aspecto concomitante. Hemos dicho: por la observación apoyada en la presencia de ánimo, en el instante del despertar, al haber atravesado el cuerpo etéreo, se puede ver el tejer de pensamientos de índole objetiva. Observándolo se lo puede distinguir muy bien, como lo he dicho, de

los pensamientos subjetivos cotidianos, puesto que está en relación con el crecimiento, el desarrollarse; en verdad se trata de una organización real. Pero cuando se llega a entender lo que ahí teje como pensamiento, si se lo siente o toca interiormente por decirlo así, se lo percibe como fuerza de crecimiento, de nutrición, etc., como el hombre en desarrollo. Se trata de algo que primero se presenta como extraño, pero que es mundo de pensamientos. Estudiándolo más exactamente se evidencia como un tejer interior de pensamientos, un tejer de nosotros mismos. Lo captamos en la periferia del cuerpo físico, antes de llegar a la percepción sensoria. Cuando aprendemos a conocerlo mejor en cuanto a su carácter extraño para nuestro pensar subjetivo, lo reconocemos como traído de experiencias prenatales, o bien de experiencias de antes de la concepción. Llegamos a comprenderlo como algo objetivo, como lo espiritual que va formando todo nuestro organismo. La idea de la existencia prenatal adquiere objetividad, llega a la observación objetiva. Con captación interior podemos decir: nuestra existencia ha sido tejida, proveniente del mundo del espíritu, por pensamientos. Los pensamientos subjetivos que le agregamos, se hallan en el dominio de nuestra libertad. Aquellos pensamientos que percibimos, nos forman, construyen nuestro cuerpo a base del tejer de pensamientos. Ellos son nuestro karma del pasado. Por lo tanto: antes de llegar a las percepciones sensorias, percibimos nuestro karma del pasado.

Para el que vive en el conocimiento objetivo el dormirse tiene semejanza con el querer. Cuando el querer se eleva a la plena conciencia se nota claramente: se trata de un dormirse entrando en el propio organismo. Así como comúnmente los sueños descienden, así los motivos volitivos penetran en nuestra organización. Se aprende a distinguir este dormirse entrando en el organismo, un dormirse que encuentra su realización en nuestras acciones corrientes — las que se realizan exteriormente, las realizamos entre el despertar y el dormirse — pero no todo aquello que vive en nuestra vida de sentimientos llega a vivir en las acciones, pues también seguimos viviendo entre el dormirse y el despertar. Y lo que por lo común haríamos entrar en las acciones, lo expulsamos por el mismo proceso al dormirnos. Toda una suma de impulsos volitivos expulsamos hacia el mundo puramente espiritual en el que nos encontramos entre el dormirnos y el despertar. En estos impulsos volitivos que se transmiten a nuestra existencia espiritual, si aprendemos a observarlos por el conocimiento imaginativo, percibimos aquello que como orientación del actuar subsiste después de la muerte, como algo que con nosotros va al más allá de la muerte.

El querer se desarrolla entre el cuerpo astral y el yo. El querer llega a

ser acción cuando en el mundo exterior llega hasta el lugar desde el cual regularmente nos llegan las impresiones sensorias. Pero al dormirse sale afuera muchísimo que no se transforma en acción, sino que permanece unido con el yo, cuando con la muerte el mismo pasa al mundo espiritual.

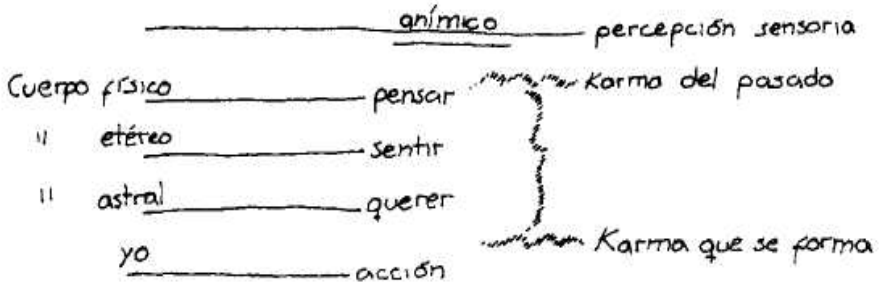
Vemos que en ello se nos presenta del otro lado, entre el querer y la acción, la formación de nuestro karma del futuro. En la conciencia imaginativa aparecen unidos los dos, el karma del pasado y aquel que se genera, lo que en nosotros vive y teje en tal forma que sigue tejiendo debajo del horizonte por encima del cual tienen lugar nuestras acciones libres entre el nacimiento y la muerte. Entre el nacimiento y la muerte vivimos en la libertad, pero debajo de esta región de la libre voluntad que en realidad sólo existe entre el nacimiento y la muerte, vive y teje el karma cuyos efectos que vienen del pasado percibimos si con nuestro yo y el cuerpo astral somos capaces de permanecer en el cuerpo etéreo, justamente en el instante de transitar hasta el cuerpo físico. Por el otro lado percibimos nuestro karma que se genera si somos capaces de permanecer en la región que se halla entre el querer y el actuar, y si nos es posible desarrollar, a través del ejercitarnos, el autodominio a tal grado que interiormente podamos activarnos en un sentimiento lo mismo que — por decirlo así —, con el apoyo del cuerpo, nos activamos en la acción; repito: si en espíritu podemos activarnos en el sentimiento, esto es, cuando retenemos una acción en el yo. Les pido imaginarlo vivazmente: se puede estar entusiasmado por algo que vive en el sentimiento, algo que regularmente se transmite en la acción; pero es preciso retenerlo, pues entonces luce en la imaginación como el karma que se genera.

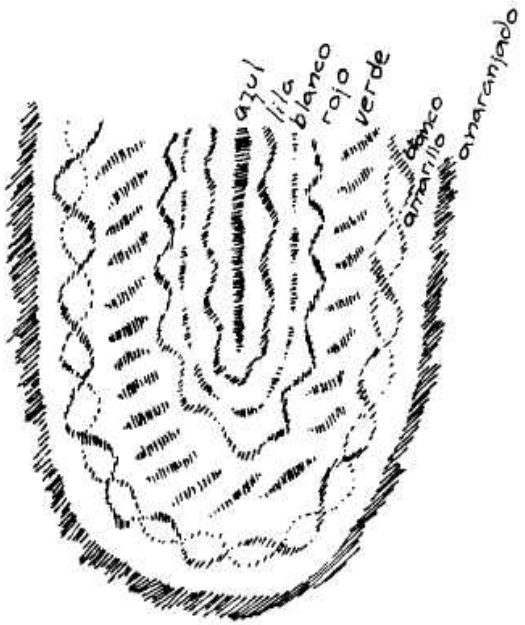
Naturalmente, lo que acabo de describirles existe siempre en el hombre, pues con cada despertar a la mañana, él pasa por la región del karma pasado; y todas las noches al dormirse, por la región del karma que se genera. A través de cierta atención, sin discipulado, pero por la presencia de ánimo, el hombre puede captar lo objetivo del pasado, ciertamente sin reconocerlo claramente, tal como ahora lo he descrito. Lo puede percibir realmente, y entonces está presente todo aquello que él lleva en sí como sus impulsos morales, del bien y del mal. A través de ello en realidad el hombre aprende a conocerse mejor que si en el instante del despertar él percibe el tejer de pensamientos que a él mismo le forma.

Por otra parte, es más espantosa la percepción de aquello que se halla entre el querer y la acción, lo que se puede retener. Pues en esto uno llega a conocerse en cuanto que uno mismo se ha formado durante esta vida. Se llega a conocer lo que como característica interior se lleva a través de la muerte

como el karma del futuro.

Por lo expresado en esta conferencia he querido mostrarles cómo se puede hablar sobre estas cosas con viviente expresión, mostrarles que la antroposofía de ningún modo se agota en lo esquemático, sino que es posible describir las cosas vivazmente. En la próxima conferencia seguiré hablando en este sentido, pasando a una descripción aún más honda de la naturaleza humana.





Segunda Conferencia

LOS REINOS DE LA NATURALEZA Y LOS REINOS DE LAS JERARQUÍAS SUPERIORES

En la conferencia anterior nos hemos referido a que el hombre en su conciencia en cierto modo puede relacionarse con el mundo desde dos lados: cuando él actúa hacia adentro y cuando actúa hacia afuera. Pero para la conciencia común, por cierto, no es posible captar lo que entonces vive en el hombre, por el hecho de que la conciencia justamente choca contra lo que allí vive. Por otra parte hemos visto que el karma vive en el hombre hacia dos lados entre el nacimiento y la muerte: por un lado, cuando por el despertar el hombre se sumerge en el cuerpo etéreo, donde al sumergirse, incluso en la conciencia común, puede percibir las reminiscencias de los sueños. Después atraviesa, por decirlo así, el espacio intermedio entre el cuerpo etéreo y el físico, es decir que pasa por la región de los pensamientos que en él vivazmente son activos. Estará en el cuerpo físico al tener la plena percepción sensoria. Dichos pensamientos son los mismos que tomaron parte en la edificación de su organismo; son los que él por el nacimiento ha traído a la existencia, y que, dicho con otras palabras, representan su karma del pasado, su karma formado.

Al dormirse el hombre topa con lo que no puede llegar a ser acción. Lo que de nuestros impulsos del ánimo y de la voluntad entre en las acciones pertenece al contenido de la vida. Pero siempre se retiene algo, y el hombre lo lleva en el sueño. Esto es algo que existe, pues toda la parte de la vida anímica que no llega a ser acción, la que en cierto modo se detiene antes de ser acción, es el karma que se genera y que después llevamos con nosotros a través de la muerte. En fin, por la conferencia anterior ha sido mi tarea referirme a cómo en el hombre viven las fuerzas del karma.

En esta conferencia, a fin de poder llegar a cierta terminación en la tercera, consideraremos hasta cierto grado lo que circunda al hombre, mostrando cómo en realidad el hombre se sitúa en el mundo. En la primera conferencia he tratado de considerar objetivamente la vida anímica humana, y hemos visto que el pensar se desarrolla en la región que precisamente es la de los pensamientos objetivos entre el cuerpo físico y el etéreo; hemos visto que el sentir se desarrolla entre el cuerpo etéreo y el astral y el querer entre el

cuerpo astral y el yo. De modo que — como lo he dicho, se trata de una expresión no muy exacta, pero comprensible — se puede decir que la verdadera actividad anímica se desarrolla dentro de los espacios intermedios que hemos de suponer entre los cuatro principios de la naturaleza humana, entre el cuerpo físico, el cuerpo etéreo, el cuerpo astral y el yo. Observándolas objetivamente, son actividades recíprocas entre los principios de la naturaleza humana.

Repito que en esta conferencia queremos contemplar ciertos aspectos del mundo humano circundante. Debemos tener presente que el hombre se halla efectivamente en una vida de sueños, que por su vida de sueños se mueven imágenes. Y les he dicho que la conciencia imaginativa es capaz de percibir que estas imágenes penetran en la organización, y que lo que actúa en las mismas conduce a nuestros sentimientos. Esto quiere decir que los sentimientos son aquello que se podría captar, si para la visión en imágenes oníricas se penetrara más profundamente en lo interior humano. Sentimientos son las olas que desde la vida onírica diurna ascienden a nuestra conciencia. He dicho que bajo la superficie de las representaciones continuamente soñamos; y esta vida onírica se expresa en los sentimientos.

Si ahora dirigimos la mirada hacia lo que al hombre circunda, en primer lugar como mundo animal, observamos en el mismo una conciencia que no se eleva hasta la vida en pensamientos, sino una vida que en realidad se manifiesta como una especie de sueños vivientes. Por el estudio de la propia vida soñante podemos representarnos cómo se desarrolla la vida anímica animal, pues esta vida anímica animal es absolutamente un soñar. Por esta razón la vida anímica animal actúa en el organismo mucho más que la vida anímica del hombre, la que está mucho más emancipada del organismo, debido a la claridad de la vida en representaciones. El animal vive soñando. Y así como las imágenes de nuestros sueños, las imágenes del soñar que nos formamos durante la conciencia de vigilia, fluyen hacia arriba como sentimientos, del mismo modo existe como una vida anímica en sentimientos aquello en que principalmente se basa el animal. El animal realmente no tiene una vida anímica impregnada por la luz de pensamientos.

Lo esencial que sucede en el animal es lo que en nosotros sucede entre el cuerpo etéreo y el astral; y esto forma esencialmente la vida anímica animal. Comprenderemos la vida animal, si de esta manera nos la imaginamos como proveniente de la vida anímica.

Es importante formarse una idea de tales condiciones, puesto que así se comprenderá lo que en realidad sucede — digamos — cuando el animal

digiere. Obsérvese una vez una manada de vacas en un campo de pastoreo, haciendo la digestión. Todo lo que emana de los animales nos anuncia lo que se encuentra por la investigación espiritual: el hecho de que efectivamente la animada actividad que principalmente se desarrolla entre el cuerpo etéreo y el astral del animal, va ascendiendo como un viviente sentir, y que el animal vive en este sentir. Lo esencial de la vida animal consiste en el aumento y la disminución de dicho sentir, como asimismo en el participar en las imágenes del ensueño, cuando amortigua un poco el sentir, de modo que más bien aparece la imagen en lugar del sentir. Por lo tanto podemos decir: el animal vive con una conciencia parecida a nuestra conciencia de los sueños.

Si buscamos la conciencia que nosotros mismos tenemos como hombres caminando sobre la tierra, no la podemos buscar en el animal, sino en Seres que no llegan a la existencia verdaderamente física. A tales Seres los llamamos Almas grupales de animales: almas que como tales no poseen la corporeidad física, sino almas cuya vida se expresa a través de animales. Podemos decir que todos los leones conjuntamente poseen semejante Alma de la especie animal, de existencia espiritual. Esta Alma grupal posee una conciencia como la de nosotros como hombres. No la posee el animal individualmente.

Si ahora descendemos al mundo vegetal no se nos presenta una conciencia como la de los animales sino una conciencia comparable con la nuestra desde el dormirse hasta el despertar, una conciencia durmiente. Nosotros como hombres desarrollamos tal conciencia también entre el cuerpo astral y el yo, en el querer. Lo que es activo en el mundo vegetal es en lo esencial de igual naturaleza que aquello que vive en nuestro querer. En nuestro querer en realidad dormimos incluso en nuestro estado de vigilia. La misma actividad que impera en nuestro querer, en realidad reina en todo el mundo vegetal.

La conciencia que desarrollamos como la del sueño, ciertamente es algo que constantemente se introduce en nuestra conciencia como lo inconsciente, algo que produce vacíos en nuestra recordación, como ya lo he dicho. Pero al igual que durante el sueño para la mayoría de los hombres la conciencia es opaca o totalmente apagada, ella reina también en el mundo vegetal.

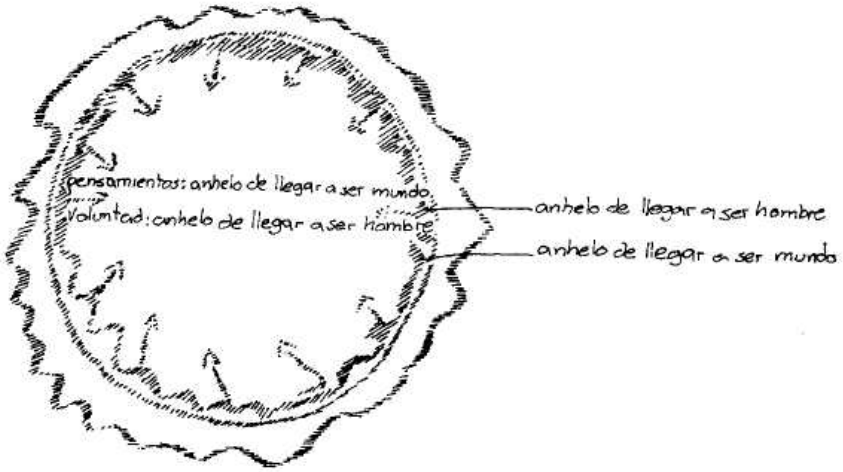
Por otra parte, si en la vida vegetal buscamos aquello que es de la misma índole que la vida animal, no corresponde buscarlo en cada planta individualmente, sino en realidad en el alma de la tierra como un todo; ella tiene una conciencia soñante y llega a una existencia vegetal durmiente. Y solamente en cuanto la tierra participa del devenir cósmico se aviva de tal

manera que es capaz de desarrollar una conciencia plena, similar a la conciencia del hombre entre el nacimiento y la muerte en el estado de vigilia. Pero esto ante todo tiene lugar en la época de invierno, pues se trata de un cierto despertar de la tierra, mientras que durante la época cálida de verano existe la conciencia onírica opaca. En conferencias anteriores he explicado que es un error creer que en el verano la tierra está despierta y que en el invierno duerme. Lo contrario es la verdad. Precisamente en la actividad vegetativa durante el verano, en la estación de calor existe un estado de sueño de la tierra, o más bien un estado soñante, mientras que en la estación fría existe un estar despierto de la tierra.

Empero, si descendemos al reino mineral debemos decir: en el reino mineral existe una conciencia más baja que la de nuestro sueño, una conciencia ajena a la experiencia común humana, un estado que trasciende el querer. Pero en realidad el estado de conciencia que vive en los minerales tan sólo aparentemente nos es ajeno; solamente nos es ajeno para la conciencia común; en realidad no nos es tan ajeno. En efecto, cuando del querer pasamos a la realidad del hacer, es decir si ejecutamos algo, nuestro querer se separa de nosotros. Y aquello en que entonces, por decirlo así, nadamos, tejemos y vivimos: siempre hay que tener presente que con nuestra conciencia no estamos dentro de la acción, solamente la representamos; mientras que el contenido de la misma es en realidad lo que más allá de la superficie de los minerales se halla dentro de lo mineral y constituye la conciencia mineral. Si a nosotros nos fuera posible bajar más profundamente en el estado inconsciente, llegaríamos a donde teje la conciencia mineral; pero no nos encontraríamos entonces en otro estado que aquel en que se realiza nuestro actuar. Esto quiere decir que la conciencia mineral en cierto modo se halla más allá de lo que como hombres aún podemos experimentar. Pero incluso nuestro propio actuar se halla más allá de lo que en el mismo podemos experimentar. Por consiguiente, en cuanto nuestro actuar no depende de nosotros y no está encerrado en el dominio que pertenece a nuestra libertad, nuestro actuar es acontecer universal exactamente lo mismo que aquello que sucede dentro de los minerales. Nuestro actuar forma parte de dicho acontecer por lo cual en realidad extendemos la relación del hombre con su mundo circundante hasta donde con su actuar el hombre trasciende su conciencia del sueño.

Al percibir el mundo mineral a su derredor, el hombre, observando los minerales desde afuera, llega a aquello que se halla fuera de sus experiencias de la vida. Podemos decir: si aquí dibujamos lo que abarca el reino humano, el reino animal y el reino vegetal, y si aquí llegamos al reino mineral, el mismo

habla a, nuestros sentidos mostrándonos su aspecto exterior; pero del otro lado, al que no nos es posible observar, el reino mineral desarrolla, fuera de nuestro alcance, su conciencia (rojo). Y esta conciencia que allí se desarrolla, es la esfera que también acoge los contenidos interiores de nuestras acciones, contenidos que siguen obrando en el curso de nuestro karma.



Ahora hablaremos de Seres que no pertenecen a los reinos de la naturaleza debajo del hombre, sino que son superiores al hombre.

¿Cómo es posible formarse una idea de los mismos?. Dicho de otro modo: ¿Cómo se forma una idea acerca de tales Seres superiores para la conciencia que debemos alcanzar por la investigación espiritual, la antroposofía?. En mi libro "¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?" y en conferencias sobre este tema he expuesto que de la conciencia diurna a la que llamamos la conciencia objetiva, podemos ascender a la conciencia imaginativa. Si de un modo sano ascendemos a la conciencia imaginativa por de pronto nos liberamos de nuestra corporeidad. Tejemos y vivimos entonces en lo etéreo. De esto resulta que nuestras representaciones no serán de contornos agudos, sino que serán imaginaciones que se confunden entre sí, pero de todos modos serán de tal índole que se asemejen a lo caracterizado en la conferencia anterior como pensamientos que al despertar aparecen entre el cuerpo etéreo y el físico. En la imaginación llegamos a tener tales pensamientos, pero no es así que entonces agreguemos libremente un pensamiento a otro, sino que los pensamientos se ordenan por sí solos. Aprendemos a vivir con un organismo plástico de pensamientos. Pero este organismo plástico de pensamientos tiene en sí mismo fuerza vital. Aparece

como un pensar esencial con vida propia en sí; no la vida propia como la tienen seres físicos terrestres pero sí una vida propia que realmente teje y vive en todo. Vivimos entonces en un mundo cuya actividad consiste en el tener imaginaciones.

Este es el mundo que por de pronto se nos presenta como superior al hombre: este mundo se teje en imaginaciones. Y sólo como una parte, como algo recortado de este mundo que se teje en imaginaciones, encontramos aquello que en nosotros mismos se teje entre el cuerpo etéreo y el físico y que podemos encontrar al despertar, y que conocemos como idéntico a aquello que, proveniente del mundo espiritual, por la concepción y el nacimiento entra en el mundo físico, precisamente cuando entramos en este mundo físico. Aquel mundo que se teje en imaginaciones en cierto modo nos despide finalmente, y luego, después del nacimiento sigue trabajando en nuestro cuerpo físico. Tiene lugar un tejer de pensamientos, independientemente de nuestro propio y subjetivo tejer de pensamientos. Aquel tejer de pensamientos también se realiza en el crecimiento como asimismo en la nutrición. El mismo proviene del tejer general cósmico de pensamientos.

No podemos comprender nuestro cuerpo etéreo, si no lo comprendemos como proveniente del tejer general cósmico de pensamientos, al producirse nuestro nacimiento. El tejer cósmico de pensamientos teje en nosotros y va formando las fuerzas en que se basa nuestro cuerpo etéreo, fuerzas que en realidad se hacen ver en el espacio intermedio entre el cuerpo etéreo y el físico. En cierto modo las mismas se introducen, separándolas del mundo exterior por el cuerpo físico, para actuar en nosotros por medio del cuerpo etéreo, el verdadero cuerpo de fuerzas formativas.

Lo expuesto nos permite representarnos lo que está detrás de nuestro mundo. Nuestro conocimiento inmediato es el imaginativo, y lo esencial más próximo a nuestro derredor es lo que teje en imaginaciones, manifestándose en imágenes vivientes. Nuestra propia organización se basa en semejante elemento que se manifiesta en imágenes vivientes. Por la posesión del cuerpo etéreo efectivamente somos formados, configurados por el cosmos. Por lo tanto, así como al descender en el reino debajo de nosotros, debemos atribuir al animal la conciencia que a nosotros nos es propia en el ensueño, así llegamos, ascendiendo a lo que nos es superior, a aquello que en la imaginación recibimos subjetivamente. Lo que nosotros configuramos interiormente como un tejido de imaginaciones, lo tenemos exterior-mente, percibiéndolo en cierto sentido desde afuera. Formamos imaginaciones hacia adentro. Los Seres inmediatamente superiores al hombre se manifiestan

formando imaginaciones hacia afuera y se revelan mediante imaginaciones que se extienden hacia afuera. Nosotros mismos hemos sido configurados por semejante imaginación realizada hacia afuera. De manera que nuestro mundo efectivamente se basa en un tejer de pensamientos, un tejer en imágenes de pensamientos y que, buscando el mundo espiritual, encontramos un tejer en imágenes de pensamientos.

Ascendiendo otro grado más en el desarrollo de nuestra facultad cognoscitiva, tenemos el grado de la inspiración. Con la imaginación como proceso del conocimiento vivimos en nuestro interior, pero el mundo inmediato después de la imaginación es aquel que en cierto sentido teje y vive en el mismo elemento en el que entramos con la inspiración, sólo que para este último mundo se trata de una espiración, de un expandirse fuera de sí mismo, por decirlo así. En la cognición nos inspiramos; pero lo que hace el mundo próximo inmediato consiste en que el mismo se espira, empuja hacia afuera lo que nosotros en el conocimiento inspirador empujamos hacia adentro.

De este modo, mirando desde el lado opuesto hacia lo que experimentamos interiormente en el inspirar, nos acercamos a la objetividad de los Seres inmediatamente superiores. Lo mismo tiene lugar en el conocimiento intuitivo. Pero primero debo decir: si como ser humano sólo fuésemos conformados por el tejer de pensamientos cósmicos, no traeríamos a esta vida terrenal nuestro ser anímico, el que ha vivido desde la última muerte hasta nuestro nacimiento, pues lo que se teje a través del tejer general de pensamientos cósmicos, se va tejiendo precisamente y se nos depara por el cosmos; y en ello debe entrar primero lo anímico. Y esto, lo anímico, penetra a través de semejante actividad, por una actividad opuesta a la inspiración. Podemos decir que en cierto modo somos espirados del universo anímico-espiritual. Envolviéndonos el cosmos con su tejer de pensamientos, el mundo espiritual-anímico nos penetra con lo anímico, espirándolo; pero primero lo debe acoger. En este punto llegamos a lo que sólo a partir de lo humano se comprende correctamente.

Viviendo en el mundo entre el nacimiento y la muerte, acogemos constantemente, a través de nuestras percepciones sensorias, las impresiones del mundo exterior. De ellas nos formamos representaciones y las impregnamos de los sentimientos. Después pasamos a los impulsos volitivos, y de todo esto nos compenetramos. Pero esto forma en nosotros lo que podemos llamar una vida abstracta, una vida en imágenes y cuando, por decirlo así, miramos hacia adentro, hacia lo que a través de los órganos

sensorios se forma hacia adentro como experiencia anímica del mundo exterior, lo tenemos como nuestro contenido anímico, el contenido anímico del hombre que en la clara conciencia de vigilia representa lo que entre el nacimiento y la muerte el mundo exterior le da. Lo acoge en su interior. A través de la percepción en cierto modo se envía el mundo exterior hacia adentro, donde se lo convierte en mundo compenetrado de fuerzas de sentimiento y de voluntad, un mundo que en el organismo humano se comprime. En realidad llevamos en nosotros una imagen del mundo formada por el hecho de que las impresiones del mundo se comprimen en nosotros. Mediante la conciencia común no nos es posible comprender enteramente el destino de lo que sucede en nosotros con las impresiones del mundo. Lo que penetra y vive en nosotros de tal manera que, dentro de ciertos límites, es una imagen del cosmos, es a la vez de tal índole que resulta impregnado no solamente de los sentimientos e impulsos volitivos interiores, de los cuales llegamos a ser conscientes, sino que sobre todo es influenciado por todo cuanto vive en el organismo humano. Y esto le confiere una cierta tendencia: el cuerpo lo mantiene coherente durante la vida hasta la muerte. Al pasar por el portal de la muerte, lleva consigo aquel resultado de la vida corporal que se puede llamar: mantener viviente el deseo de adquirir naturaleza humana. Cuando llevamos por el portal de la muerte nuestra vida anímica interior, llega a tener el deseo de adquirir naturaleza humana.

Al pasar por la muerte, nuestra vida anímica lleva consigo el anhelo de adquirir naturaleza humana. Y este anhelo se expresa principalmente en todo aquello que existe de un modo soñante y durmiente en las profundidades de nuestra vida anímica, en nuestra voluntad. Nuestra voluntad, por su modo de formar parte de la vida anímica, como resultado de las impresiones del mundo exterior, lleva en sí misma, al pasar por la muerte, el profundo anhelo de llegar a ser hombre en el mundo espiritual, en el tejer del mundo espiritual.

Por otra parte, el mundo de nuestros pensamientos, el mundo, por ejemplo, que se nos presenta en nuestras recordaciones, y que desde nuestro interior se refleja en nuestra conciencia, este mundo lleva en sí el anhelo inverso, debido a su parentesco con nuestra naturaleza humana. Nuestros pensamientos efectivamente adquieren un notable parentesco con nuestra naturaleza humana, y al pasar por la muerte llevan en sí el más eminente anhelo de extenderse en el mundo, de llegar a ser mundo.

Podemos decir que al pasar el hombre por el portal de la muerte, los pensamientos llevan en sí el anhelo de llegar a ser mundo. Por otra parte, la voluntad que desenvolvemos en la vida, lleva en sí el anhelo de llegar a ser

hombre.

Pensamientos: anhelo de llegar a ser mundo.
Voluntad: anhelo de llegar a ser hombre.

Todo aquello que en las profundidades de nuestro ser obra como voluntad, lleva en lo más hondo de nuestro ser el anhelo de llegar a ser hombre. Se lo puede observar mediante la conciencia imaginativa si se observa al hombre durmiente que tiene la voluntad fuera de sí, en el yo. Entonces ya se expresa claramente, en lo que está fuera del cuerpo humano, el anhelo de retornar, al despertar, a fin de configurarse de un modo similar a lo humano, en el desplegarse del cuerpo físico mismo. Mas este anhelo subsiste hasta después de la muerte. Lo que es de naturaleza volitiva tiende a devenir hombre, mientras que aquello que es de naturaleza pensante y que precisamente se debe relacionar con los pensamientos vinculados con la vida física, los pensamientos que en realidad forman nuestro tejido humano y que tienen nuestra figura humana entre el nacimiento y la muerte, tendrá el anhelo de volver a dispersarse, a devenir mundo. Esto dura aproximadamente hasta la mitad del tiempo de nuestra vida entre la muerte y el nuevo nacimiento.

En ese momento el elemento pensante ha llegado a su fin en cuanto a su anhelo de llegar a ser mundo: se ha integrado a todo el cosmos. El anhelo ha alcanzado su objetivo de llegar a ser mundo, y entonces se realiza una inversión. En el punto medio entre la muerte y el nuevo nacimiento el anhelo de los pensamientos de llegar a ser mundo lentamente se transforma en el anhelo de volver a ser hombre, de volver a entretejerse de tal manera que se va formando el tejido de nuestros pensamientos, al que podemos percibir al despertar en dirección al cuerpo. Por lo tanto podemos decir — el punto medio entre la muerte y el nuevo nacimiento lo llamo, como esto se ha hecho en mis dramas que tienen carácter de Misterio, la hora de medianoche de la existencia — que en esta hora de medianoche de la existencia se produce una inversión rítmica: al haberse cumplido el anhelo de nuestro ser, en cuanto a los pensamientos, de llegar a ser mundo, el mismo se transforma lentamente en el otro, de volver a ser hombre, descendiendo a la nueva encarnación.

En el mismo instante en que los pensamientos adquieren el anhelo de volver a ser hombre, se produce lo opuesto para la voluntad. Hemos dicho que en el elemento espiritual entre la muerte y el nuevo nacimiento la voluntad primeramente desenvuelve el anhelo de llegar a ser hombre. En este período espiritual la voluntad en cierto modo se ha visto ante el reflejo espiritual del

ser humano; en este reflejo nace ahora el vivaz anhelo de volver a ser mundo. Se puede decir que la voluntad se expande, llega a ser mundo, toma un carácter cósmico. Por el hecho de expandirse se aproxima también a la corriente natural que en la sucesión de las generaciones se forma por la transmisión hereditaria, de modo que aquello que en el cosmos espiritual-físico actúa como voluntad, y como voluntad comienza en la hora de medianoche de la existencia a tener el anhelo de llegar a ser mundo, en realidad ya vive en la sucesión de las generaciones. Cuando después nos incorporamos en la otra corriente con el anhelo de llegar a ser hombre, habíamos pasado previamente por la voluntad de ser mundo, la que ya vive en la procreación de las generaciones en la que nos sumergimos. En lo que recibimos de los antepasados ya vive desde la hora de medianoche de la existencia, la voluntad con la tendencia de llegar a ser mundo, y con esa voluntad de llegar a ser mundo, nos unimos en cuanto aquello que desde la hora de medianoche de la existencia, en nuestros pensamientos tiende a ser hombre, se integra en esa otra tendencia.

Pensamientos: anhelo de llegar a ser mundo - anhelo de llegar a ser hombre.
Voluntad: anhelo de llegar a ser hombre - anhelo de llegar a ser mundo.

Vemos pues, si con la mirada espiritual observamos lo que por un lado vive en lo físico y por el otro lado en lo espiritual, se nos presenta realmente ante el alma la imagen de llegar a ser hombre. Pero teniendo el anhelo de descender a nuestra existencia física para llegar a ser hombre debido al tejer de los pensamientos, también estamos emparentados con todos los Seres que viven en la esfera inmediatamente superior al hombre, los Seres que viven en la imaginación. En cierto sentido pasamos por la esfera de estos Seres. Y justamente en el instante de la referida inversión, también sucede que nuestra alma impregnada del yo encuentra la posibilidad de seguir viviendo en las dos corrientes en las que, si bien son divergentes, el alma vive cósmicamente hasta que, después del pleno cumplimiento del anhelo de ser hombre, vuelve a incorporarse, llegando a ser hombre individual. El alma verdaderamente vive de un modo muy complejo; aquí en la hora de medianoche de la existencia atraviesa el abismo. Pasamos a través de la hora de medianoche de la existencia por una actividad que se asemeja a la inspiración, si se lo experimenta interiormente, siendo exteriormente un espirar que tiene su origen

en una existencia pasada. Después de haber pasado por la hora de medianoche de la existencia, nos unimos con los Seres dos grados superiores al ser humano, los que viven en la espiración, como lo he dicho.

Pero como tercer grado del conocimiento superior tenemos el conocimiento intuitivo. Si lo vivimos hacia adentro, se trata de experimentarlo desde un lado; si lo vivimos hacia afuera, se trata de un abandonarse, un verdadero abandonarse. Este abandonarse, este derramarse en el mundo exterior, es la naturaleza de la jerarquía tres grados superiores al ser humano: la intuición. Esta intuición es aquella actividad por la que el contenido de nuestra anterior vida terrenal se transmite por la misma, fluye o se vierte en nuestra vida terrenal del presente. Esta actividad la realizamos, por cierto, continuamente, tanto en el camino hasta la hora de medianoche de la existencia, como asimismo más allá de la misma. Esta actividad impregna todo lo demás, y debido a ella, es decir por nuestras vidas terrenales repetidas, somos participantes del mundo en que se hallan los Seres que viven en la realidad de la intuición, los Seres que se abandonan. Nosotros igualmente nos abandonamos a cada una de las siguientes existencias terrenales, por el efecto de la vida terrenal anterior.

Según lo que precede somos capaces de formarnos representaciones de cómo se desarrolla nuestra vida entre la muerte y un nuevo nacimiento dentro de esos tres mundos.

Así como aquí entre el nacimiento y la muerte vivimos en el mundo que nos circunda como el mundo animal, vegetal y mineral, así también vivimos en el mundo entre la muerte y un nuevo nacimiento donde lo que comúnmente captamos por la imaginación, se presenta en imágenes hacia afuera. Quiere decir que aquello que del cosmos espiritual llevamos en la conformación de nuestro cuerpo, también lo podemos aprehender por la imaginación. Lo que de nuestro elemento anímico llevamos a través de la hora de medianoche de la existencia y que después vive en nosotros principalmente como la actividad del sentimiento, pero atenuado a lo onírico, lo podemos aprehender por el conocimiento inspirativo; y eso compenetra efectivamente nuestros sentimientos.

Es verdad que como hombres sólo vivimos enteramente en nuestra percepción sensoria exterior. Ya cuando ascendemos al pensar, este pensar es algo dado para la imaginación, algo que consiste en la creación de imágenes. Solamente separamos en nuestra conciencia los pensamientos abstractos, sacándolos de la formación de imágenes. Inmediatamente detrás de nuestra conciencia se halla entonces el tejer de las imágenes de los pensamientos. Por

el hecho de poder extraer los pensamientos abstractos del tejer de imágenes se nos da la libertad como hombres entre el nacimiento y la muerte. Detrás se halla el mundo de la necesidad imaginativa, pero allí ya no estamos solos de la misma manera que aquí, sino que estamos entretejidos con los Seres que se revelan por imaginación, al igual que en nuestro sentir nos hallamos entretejidos por espiración con los Seres que revelan hacia afuera el acto de la inspiración. Y por nuestra existencia entre vida terrenal y vida terrenal nos hallamos entretejidos con las entidades que viven en la intuición.

Lo precedente quiere decir que nuestra vida humana está ligada hacia abajo con los tres reinos de la naturaleza y hacia arriba con los tres reinos de la existencia divina espiritual-anímica. Esto nos muestra que aquí sólo percibimos el aspecto exterior del hombre. En el instante de dirigir la mirada hacia lo interior, se nos presenta la continuación del ser humano hacia los mundos superiores; se nos revela su relación con los mundos superiores, y por imaginación, inspiración e intuición nuestra vida va extendiéndose hacia dichos mundos.

Con lo expuesto hemos echado una mirada sobre lo que circunda al ser humano; pero al mismo tiempo hemos descubierto el mundo que como un mundo de necesidades espirituales se encuentra detrás del mundo de necesidades físicas; y esto nos permite conocer y apreciar tanto más lo situado en el medio: el mundo de nuestra conciencia común, en el estado de vigilia entre el nacimiento y la muerte. En este mundo incorporamos a nuestro verdadero ser humano aquello que puede vivir en la libertad. Debajo de nosotros y arriba de nosotros no existe la libertad; la llevamos a través del portal de la muerte por el hecho de que llevamos con nosotros el contenido más esencial de nuestra conciencia entre el nacimiento y la muerte. Precisamente debido a la existencia terrenal el hombre llega a conquistar lo que en él es la vida libre; después, por cierto, una vez conquistada por la vida entre el nacimiento y la muerte, ya no se le puede quitar la misma; no es posible quitársela cuando él lleva esa vida libre hasta en el mundo de las necesidades espirituales. A nuestra vida terrenal se le da precisamente su profundo sentido por el hecho de que somos capaces de situarla entre lo que se halla debajo de nosotros y lo que se halla arriba de nosotros; y así ascendemos a captar lo que en el hombre se puede concebir como lo espiritual.

Para conocer lo anímico en cierto modo es preciso dirigir la mirada hacia los espacios intermedios entre el cuerpo físico, el etéreo, el astral y el yo, debemos observar lo que teje entre los principios de la entidad humana. Para conocer al hombre como ser espiritual debemos averiguar lo que él

experimenta con Seres que viven en la imaginación, con Seres que hacia afuera se revelan por inspiración, o bien por espiración, con Seres que se revelan por su vida en la intuición. Así como para examinar la vida anímica debemos averiguar lo que nuestros principios constitutivos desenvuelven como actividad recíproca, así también debemos establecer el contacto con los Seres de las jerarquías superiores, si queremos considerar al hombre como ser espiritual.

Cuando, bajando la mirada hacia la naturaleza, queremos observar al hombre enteramente, él se nos revela para la visión espiritual en el instante en que por el conocimiento interior podemos decir: el ser humano tal como hoy existe, lleva en sí el cuerpo físico, el etéreo, el cuerpo astral y el yo. Con ello se sabe lo que el hombre es dentro de la naturaleza. Después nos percatamos — en primer lugar de un modo subjetivo por la experiencia interior — del tejer anímico. No lo percibimos por cierto, pues nos encontramos dentro del mismo. Para elevarnos a la visión es preciso buscarlo entre los principios constitutivos que hemos descubierto en la existencia natural humana. Se nos revela como la percepción objetiva de la vida anímica lo que los principios constitutivos realizan conjuntamente hacia el interior.

Pero después tenemos que dar otro paso, considerando no solamente estos principios constitutivos y su actividad recíproca, sino que es preciso considerar al hombre como una totalidad en su actividad recíproca con lo que en su alcance más amplio vive en su mundo circundante: debajo y arriba de él. Así descubrimos que debajo de él vive aquello que en contraste con lo que existe en un nivel superior y que se evidencia como la verdadera espiritualidad del hombre — espiritualidad como experiencia de nuestra actividad con los Seres de las jerarquías superiores — es como durmiente. Lo que arriba se experimenta como la verdadera espiritualidad y lo que abajo se experimenta en la naturaleza, se experimenta como un alternar rítmico entre el estar despierto y el dormir. De la conciencia humana, como conciencia de vigilia podemos descender a la conciencia soñante del animal, después al estado durmiente del reino vegetal, y hacia más abajo que el dormir. Ascendiendo encontramos en primer lugar la imaginación llena de realidad; quiere decir que resulta un despertar de un grado más alto en comparación con nuestra conciencia común; después un despertar aún más elevado en los Seres superiores, por la inspiración; y un pleno estar despierto en la intuición, un estar despierto que consiste en un abandonarse al mundo.

Ahora les pido observar atentamente lo que voy a dibujar esquemáticamente y que ciertamente es de inmensa importancia para la

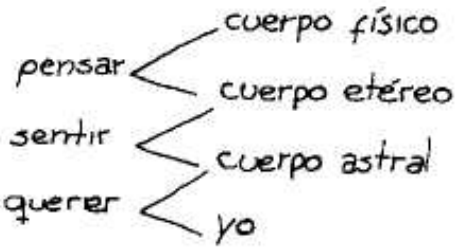
comprensión del mundo y del ser humano. Obsérvese el punto central de la conciencia común humana. Descendiendo llega a la conciencia animal soñante, descendiendo un paso más a la conciencia vegetal durmiente; más abajo llega a la conciencia mineral de sueño profundo.



Pero el hombre trasciende de sí mismo, hacia arriba encuentra a las entidades que se revelan en imaginaciones; asciende un paso más y encuentra a las entidades que se revelan en inspiraciones, en realidad a través de un carácter espirante; finalmente encuentra a las entidades que se revelan por un obrar intuitivo, las que se derraman.

¿A dónde se vierten?. La suprema conciencia se vierte en la conciencia de sueño profundo del reino mineral. El reino mineral se extiende a nuestro derredor, mostrándonos uno de sus lados. Si el hombre, al acercarse a este lado del reino mineral, no solamente por un desintegrarse hasta en los átomos, sino si pudiera efectivamente atravesarlo, encontraría del otro lado, irradiando hacia él, aquello que en la conciencia intuitiva fluye en la conciencia de sueño profundo del reino mineral. Y en ese proceso que se puede encontrar en el espacio, lo realizamos nosotros en el tiempo, en la sucesión de las distintas vidas terrenales.

En la próxima conferencia seguiremos hablando sobre estas condiciones.


pensar
sentir
querer
cuerpo físico
cuerpo etéreo
cuerpo astral
yo

Tercera Conferencia
PRINCIPIOS DE UNA PSICOLOGÍA OCULTA

A fin de mantener la continuidad de las contemplaciones deseo recapitular brevemente lo expuesto acerca del conocimiento de la vida anímica y espiritual del hombre, especialmente en cuanto a lo que será necesario añadir para una cierta terminación de estas consideraciones. Lo haré refiriéndome más bien a los resultados de lo descrito en las conferencias anteriores.

Hemos visto que en cierto modo existe en el espacio intermedio entre el cuerpo etéreo y el físico, digamos, un tejido de pensamientos vivientes. Y debemos preguntar ¿Qué es en realidad este tejido de pensamientos vivientes?. Es aquello que por el nacimiento traemos del mundo espiritual-anímico al mundo terrestre. Es necesario representarse que aquello que en nuestra actividad pensante sólo lo tenemos como imagen, tiene una vida propia independiente pero que entonces no contiene lo que sentimos cuando tenemos pensamientos, sino que ese tejido de pensamientos tiene el carácter de un ser objetivo, quiere decir que se trata de un tejido de pensamientos activos. Es así que en el hombre ese tejido de pensamientos toma parte en su conformación a través de toda la vida entre el nacimiento y la muerte.

Hay que tener también presente lo que acabo de expresar, pues no se puede decir que dicho tejido de pensamientos forme totalmente al hombre, de modo que el organismo humano estaría plenamente extraído de lo que se puede llamar pensamientos cósmicos. No es así, al menos en lo referente al tejido de pensamientos existentes entre el cuerpo etéreo y el físico. El organismo humano absolutamente se constituye también por algo que le llega del cosmos en general, y sólo contribuye parcialmente lo que he descrito como tejido de pensamientos. Pero lo encontramos, por decirlo así, en el lugar en que incluso se halla nuestro pensar subjetivo, puesto que entretejemos los pensamientos subjetivos en aquel tejido. Los pensamientos objetivos no aparecen, por cierto, para la conciencia común, pero al insertarse en dicho tejido los pensamientos subjetivos que se encienden por el contacto con el mundo exterior, se va formando para nuestra conciencia el contenido de nuestros pensamientos.

Esto es el organismo hacia un lado, hacia el lado de la epidermis, en

cuanto en ésta, digamos, se halla la formación de la suma de los sentidos. Pero cuando consideramos el mundo de los sentidos, resulta que por de pronto no llegamos hasta los sentidos en cuanto a lo que ha sido incluido al organismo humano al entrar en la existencia por el nacimiento. Esquemáticamente lo debemos dibujar de tal manera que decimos: si esto es el tejido de pensamientos entre el cuerpo etéreo y el físico (blanco), lo envuelve hacia afuera todo aquello (rojo) que es la vida sensorial insertada en la epidermis. Se trata pues de lo formado desde el cosmos y agregado al organismo humano. Se puede decir que esto es lo que el hombre recibe regalado del cosmos cuando, al llegar por el nacimiento, trae consigo lo que por de pronto está en su tejido de pensamientos. Y en realidad cuando se habla de la evolución del ser humano a través de la evolución de Saturno, Sol, Luna y Tierra, como la describo en mi "Ciencia Oculta", encontramos en primer lugar que dicha evolución exterior — comenzando con Saturno — principalmente se expresa en la configuración de los órganos sensorios. Esto continúa ciertamente en procesos interiores, en el sistema de las glándulas, nervios, etc.; pero de los sentidos parte lo que el hombre recibe del cosmos como su organización.



Por otra parte, lo aquí dibujado como tejido de pensamientos, es absolutamente algo que pertenece al hombre como individuo; si bien proviene del mundo etéreo al entrar el hombre en la existencia terrenal por el nacimiento, no obstante pertenece al individuo, quiere decir que tiene que ver con la evolución individual terrenal del hombre. De modo que se puede decir: esta organización de pensamientos objetivos trabaja en cuanto a nuestra

evolución durante nuestra vida embrional y durante toda nuestra vida posterior entre el nacimiento y la muerte; pero la misma no es de modo alguno todo aquello que hace salir de sí toda la entidad humana.

Por el otro lado hemos encontrado lo que es de naturaleza volitiva, y se puede decir que aquello que es de naturaleza volitiva se desarrolla entre el cuerpo astral y el yo. En realidad el yo, tal como lo tiene el hombre por ser hombre es totalmente de naturaleza volitiva. Pero este yo se desarrolla como lo he indicado, de tal manera que por de pronto durante la vida entre el nacimiento y la muerte los impulsos de la voluntad se transmiten en las acciones humanas; sin embargo, no totalmente, pues hay cosas que se retienen. Y lo que de lo volitivo queda retenido pasa a formar parte del futuro karma. Por consiguiente, si consideramos al ser humano en cuanto a su cuerpo físico, el tejido de pensamientos nos conduce al karma del pasado. Y considerando al ser humano con respecto a su yo hemos de decir: en realidad es el yo que vive en las acciones humanas. Hay que tener bien presente que el yo en realidad sólo vive en las acciones, en verdad recién se despierta en el actuar humano; pero lo que el yo en cierto modo retiene en sí mismo se lleva después por el portal de la muerte y pasa a formar parte del karma que se genera.

Resulta pues que por la consideración objetiva encontramos lo que por lo común es la vida anímica en nosotros. La encontramos objetivada, quiere decir que la encontramos en tal estado que la podemos observar objetivamente. Pero si averiguamos el parentesco con lo subjetivo, encontramos que hacia un lado tenemos la formación del pensamiento, hacia el otro lado una formación de voluntad, en el medio se halla para lo subjetivo el sentir.

Sólo se comprenderá la verdadera naturaleza de este sentir, si se tiene en cuenta que cada sentimiento aislado que el hombre puede tener, se halla entretejido en la totalidad de sus sentimientos. Y la vida afectiva del hombre a su vez en realidad sólo se comprende si la consideramos de tal manera que decimos: en un momento de la vida fluye por nosotros la totalidad de nuestros sentimientos. También podríamos decir que en cada momento de la vida estamos en un estado afectivo. Tratemos una vez — cada cual naturalmente sólo lo puede hacer individualmente — de cobrar plena conciencia de tal estado afectivo, del hecho de que en cada momento de la vida terrenal el hombre está en un cierto estado afectivo, un estado que es, como lo sabemos, de infinita variedad, en una persona de un exceso de alegría, mientras otra sufre depresiones y otra más está en un estado equilibrado. Para considerar

simplemente tal estado afectivo en algún momento de la vida, no hace falta tomar en cuenta las causas, basta con que se considere lo particular del matiz de tal estado: el modo como en una persona llega a la más intensa depresión, mientras que en otra puede encontrar el equilibrio, o en una tercera alcanza un verdadero alborozo; en verdad existen miles de estados intermedios, distintos en cada hombre. Quien quiera considerarlo más exactamente por el auto-conocimiento, por de pronto no encontrará en tal estado afectivo otra cosa que sentimientos subjetivos, según las experiencias exteriores.

Mientras uno se limite a esta experiencia subjetiva, esto es, al tejer anímico interior sin llegar a la observación objetiva, no le será posible dilucidar la naturaleza del estado anímico-afectivo en algún momento de la vida. No obstante existe la posibilidad de averiguar, incluso en la vida común, lo que realmente es el estado que se expresa totalmente en sentimientos. Pero para ello es preciso poseer la facultad de la observación psicológica. Debe ser posible examinar a personalidades particularmente significativas en cuanto a sus pensamientos. En tal caso se podrá hacer la siguiente experiencia. Ciertamente, la observación exterior sólo dará un resultado aproximado a la verdad, pero tal aproximación será de gran importancia.

Por ejemplo, podemos asumir la tarea de estudiar la personalidad de Goethe, según sus diarios, cartas y lo respectivo en sus obras más significativas. Esto nos permitirá, precisamente en el caso de Goethe, conocer la variación de sus estados anímicos. También se podrá estudiar, de un modo sutilmente psicológico, su estado anímico en un período determinado por ejemplo en 1790. Primero se tratará entonces de dar una descripción exacta en todo lo posible. Haciéndolo se llegará a notar una orientación hacia dos direcciones. Es de suma importancia contemplar íntimamente esta particularidad. Se evidencian dos direcciones: la vida de Goethe antes de 1790 y lo experimentado por Goethe después de 1790. Si entonces se abarca con la mirada psicológica todo lo vivido por Goethe antes de 1790, en comparación con aquello que después influyó sobre su alma hasta su muerte — haciéndose bien presente lo anterior y lo posterior — se evidencia lo maravilloso que cada instante de la disposición anímica del hombre, representa una influencia conjunta entre lo ya pasado, lo que el hombre conoce porque existe conscientemente en su vida y, por el otro lado, aquello que está por venir y que por lo tanto aún no pertenece a su experiencia consciente. Pero lo todavía desconocido para la propia conciencia, ya vive en el estado afectivo general. Y la biografía permite ver — digamos — este secreto del estado anímico en un determinado momento. Con ello ya se toca el deslinde de las regiones de la

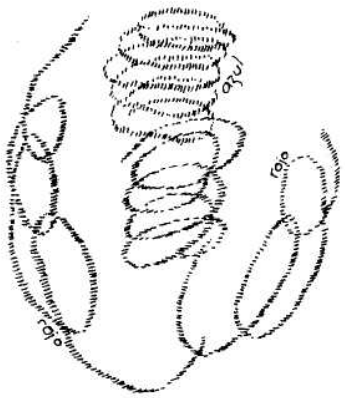
contemplación humana las que los hombres que viven irreflexivamente suelen no tomar en consideración, diciendo: qué importa para el hombre el futuro, ya que no lo conoce. Sin embargo, en sus sentimientos lo conoce.

Dando un paso más, si se examina, por ejemplo, el estado de ánimo de una persona, a la que se ha conocido muy bien, y que — digamos — murió pocos años después del momento de haberle observado dicho estado de ánimo, se podrá ver exactamente que la muerte que se aproximaba y todo lo relacionado con la misma, efectivamente había arrojado su luz hacia atrás, sobre aquel estado anímico. De modo que, si realmente se consideran estos hechos, se verá la influencia de lo pasado de la vida humana desde el nacimiento y el futuro hasta la muerte sobre lo que juntamente vive en el ánimo. Esto nos explica lo enigmático de la vida afectiva humana. El aspecto anímico de la vida aparece como algo elemental porque como sentimiento ya tiene un matiz producido por lo que más tarde experimentaremos.

Esto es algo que ya en el tiempo de escribir ***"La filosofía de la libertad"*** se debía tomar en cuenta. ¿Por qué tuve entonces que destacar que la libre acción sólo debe ser el resultado del pensar puro?. Precisamente porque, si la acción se basa en el sentimiento, ya influye el porvenir, de modo que del sentimiento jamás podría resultar una acción verdaderamente libre. Únicamente puede emanar de un impulso basado en el pensar realmente puro. Y si se toma en consideración lo expuesto en las dos conferencias precedentes, será todavía más fácil comprender lo que acabo de expresar, pues he dicho: el sentimiento, tal como nos aparece, por de pronto es así que lo que sucede en nosotros se refleja, o bien irradia en el sentimiento hacia nuestra conciencia. Dibujándolo esquemáticamente puedo decir: en el sentimiento irradia hacia arriba y aparece en la conciencia la experiencia del sentimiento; mientras que hacia abajo fluye aquello que la conciencia imaginativa experimenta como parecido a las imágenes del ensueño, es decir algo que efectivamente se realiza en imaginaciones (ver dibujo abajo). Quiere decir que para el hombre como un todo la vida afectiva se desarrolla de tal manera que hacia arriba fluye lo que conscientemente experimentamos como sentimiento (azul), mientras que hacia abajo y hacia adentro de la organización humana fluye lo que en realidad es imagen, pues al percibirlo por la conciencia imaginativa aparece como imagen (rojo). Se trata de lo que para la conciencia común fluye inconscientemente hacia abajo en toda la naturaleza humana.

Ciertamente no como los distintos acontecimientos, los que en realidad deberán tener lugar a su debido tiempo — ruego comprenderlo bien — sino a través de toda la disposición anímica de la vida, vive en el hombre como matiz

dominante, por decirlo así, el resultado de lo que vivirá en el futuro. No se expresan las imágenes de lo que acontecerá, pero sí las impresiones respectivas son lo que vive en las imágenes.



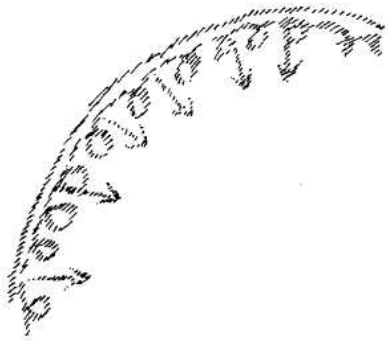
No hay que pensar que las imágenes inconscientemente fluyen hacia abajo como si tratara de hacer aparecer el futuro cinemáticamente sino que se trata del resultado de las impresiones, sólo que para cierta gente con clarividencia atávica pueden aparecer las imágenes que se traducen en las imágenes de ciertos hechos, de modo que puede tener lugar una cierta visión de un futuro próximo. Pero por ahora nos interesa lo que de una manera plástica desciende y que vive en el hombre como sus sentimientos.

Si del sentimiento pasamos ahora a la voluntad sucede que lo descrito como penetrando en la organización humana, va hacia afuera y se convierte en el karma del futuro (rojo afuera). Quiere decir que aquello que en el hombre se forma como sus sentimientos, está en relación con su karma hasta la muerte, mientras que lo resultante de la voluntad está en relación con su karma más allá de la muerte.

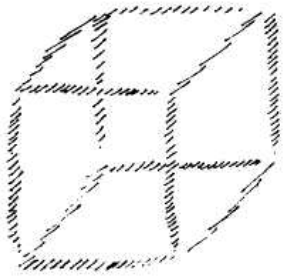
Vemos pues que es posible estudiar estos hechos en sus pormenores. En la medida que se va ampliando el contenido de la ciencia espiritual antroposófica no se dan meramente conceptos esquemáticos sino datos concretos sobre lo que vive en el hombre y que, al elevarlo a la conciencia, le aclara lo que él realmente es. Pero es preciso sentir positivamente que la voluntad que se apoya en el sentimiento, actúa hacia el futuro, hacia más allá de la muerte, como producente del futuro karma.

Si ahora consideramos nuevamente aquel tejido de pensamientos que realmente vive entre el cuerpo etéreo y el físico del hombre, es preciso ver claramente que, cuando llegamos a saber algo sobre el mundo a través de las

impresiones sensorias, quiere decir, al formarnos un concepto del mundo sensible, se trata de que nos formamos pensamientos a raíz de las impresiones sensorias, y al hacerlo realmente estamos tejiendo con nuestra subjetividad dentro de dicho tejido de pensamientos. Lo que experimentamos en el alma a causa de las impresiones sensorias lo unimos por un lado con lo que con el nacimiento se nos incorpora como un tejido de pensamientos, pero este tejido objetivo permanece inconsciente, y sólo llegamos a ser conscientes de lo que entretejemos, lo que, digamos, hacemos penetrar a través de nuestra actividad pensante. Efectivamente es así como si existiera el tejido de pensamientos al que se añaden los pensamientos subjetivos, penetrándolo, y que entonces el primitivo tejido de pensamientos refleja nuestros pensamientos subjetivos, dándoles diversas direcciones, por lo que llegamos a ser conscientes de nuestros pensamientos subjetivos (ver dibujo abajo). Repito: dándoles diversas direcciones.



Si percibimos algún objeto exterior — voy a relatar el suceso exactamente — por ejemplo, un cubo de cristal.



Lo percibimos, pero no nos contentamos con la percepción, sino que pensamos sobre el mismo. Pero este pensamiento se encamina hasta el tejido

de pensamientos, y éste que nos ha sido incorporado por el nacimiento, después de haberlo acogido durante nuestra estada en el cosmos, es decir, recibido del cosmos, este tejido de pensamiento es de tal característica que entonces, partiendo de determinadas condiciones previas, comenzamos a formarnos ideas cristalográficas, ideas que nos formamos desde nuestro interior. Al formarnos, por ejemplo, los pensamientos del sistema teselar, tetragonal, rómbico, monoclínico, triclínico, hexagonal, dicho de otro modo: formándonos de una manera matemático-geométrica ideas referentes a los sistemas de cristales. El cubo corresponde al sistema teselar, tal como lo hemos generado en nuestro interior. Cuando, por ejemplo, insertamos el pensamiento del cubo en lo que en cierto sentido son pensamientos a priori, los que sacamos de nuestro interior, resulta que en él instante en que captamos pensamientos subjetivos, dirigimos la atención hacia el dominio de los pensamientos objetivos. Pues las ideas que nos formamos como lo geométrico, como física puramente geométrico-mecánica, etc. las sacamos del tejido de pensamiento, y lo particular individual que insertamos a los pensamientos que desarrollamos sobre las observaciones e impresiones sensibles exteriores consiste en los pensamientos que nos dejamos aclarar por su reflejo pero dejándolos entretejer en el tejido de pensamientos que en cierto modo vive en nosotros eternamente, al menos según el proceso, si bien no en sus distintas formas, las que cambian de encarnación en encarnación.

Resulta pues que, cuando pensamos y al insertar los pensamientos en nuestros pensamientos interiores de tal modo que los comprendemos, vivimos así que también para nuestro pensar subjetivo traemos de abajo lo que existe en aquel tejido de pensamientos.

Lo que acabo de decir es por cierto algo que constantemente sucede y tiene lugar en el hombre. Pero al mismo tiempo se verá: por un lado comenzando con el sentimiento observamos lo que desde el mismo entra en el organismo y se transmite a la voluntad. Lo que a través de la voluntad, deteniéndose en cierto modo en el yo, va formando karma del futuro; todo esto nos orienta en la dirección del porvenir del hombre. Si dirigimos la mirada hacia el lado opuesto, hacia el tejido de pensamientos, hacia donde también se mueven nuestros pensamientos subjetivos, esto absolutamente nos hace entrar en la corriente hacia el pasado humano. Es por esta razón que por tal camino ha de buscarse nuestro karma del pasado, el karma cumplido. Vemos que en el sentimiento realmente se encuentran en el hombre, recíprocamente, el pasado y el porvenir, en el sentido más eminente.

En cierto modo se puede decir que el hombre nace unido con los

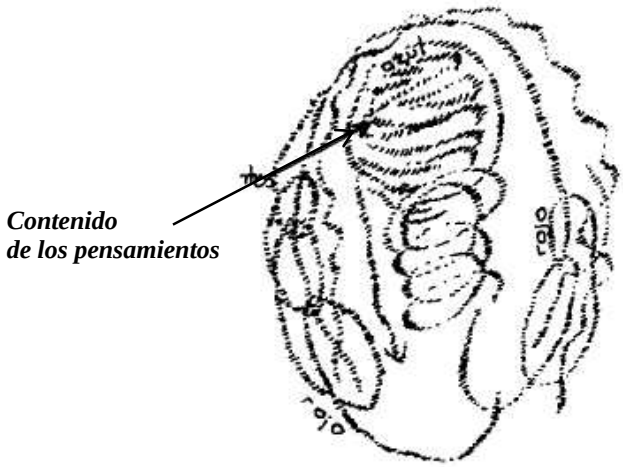
pensamientos; vive experimentando el sentimiento, y va tejiendo en su voluntad lo que con él pasa por el portal de la muerte.

Expresando estas palabras, en realidad se alude a lo que subjetivamente tenemos en la vida anímica durante el tiempo entre el nacimiento y la muerte. Pero podemos dar un paso más, contemplando lo que sigue. Podemos preguntarnos: ¿De qué se trata en realidad cuando con las impresiones exteriores relacionamos aquello que con toda seguridad es solamente lo pasado, como lo acabo de describir?. Del pensamiento subjetivo por de pronto somos conscientes como pensamiento con cierto grado de contenido de una representación. Estamos pensando un contenido cuando pensamos sobre el cubo. Pero no se podrá dudar de lo que ya en la primera conferencia he indicado. En la vida anímica por de pronto no es posible separar el pensar, sentir y querer.

En el querer viven todos los motivos de nuestros pensamientos morales. Pero también en el pensar subjetivo somos conscientes de que no solamente tenemos el contenido de un pensamiento, pues agregamos un pensamiento a otro, y somos conscientes de esta actividad. ¿Qué es lo que entonces vive en el pensar?. Ciertamente, en el pensar, principalmente en el pensar subjetivo, ya vive la voluntad. Hay que tener presente que cuando pensamos vive por un lado el contenido del pensamiento, por el otro lado, la actividad volitiva del pensar. Cuando los pensamientos tocan aquí (ver dibujo) es cierto que los mismos se nos reflejan como pensamientos pero en estos pensamientos subjetivos que nosotros proyectamos hacia dentro del tejido de pensamientos, también vive la voluntad. Mas esta voluntad no nos sirve en la conciencia común. Reflexiónese lo que significaría si la actividad a que acabo de aludir se expresara claramente en la recordación. En la recordación la voluntad ya debe haber desaparecido. Ciertamente todavía debe estar activa, pero una vez concluida la recordación, es decir cuando ya existe el pensamiento recordado, la recordación no daría una imagen clara de lo que debe mostrar como experiencia pasada si la imagen estuviera impregnada por la voluntad. Se entiende que, recordando lo comido ayer, ya no es posible cambiar el contenido de la sopa, pues la voluntad ya no actúa. Es preciso que se muestre el puro contenido del pensamiento. Quiere decir que en el reflejo se debe quitar la voluntad. ¿A dónde llega?.

Si hago el mismo dibujo como aquel (de pág. 35): aquí el tejido de pensamientos que en este otro punto se refleja (dibujo), el contenido de pensamientos simplemente entra en la conciencia, mientras que el contenido volitivo de los pensamientos desciende y se une con el resto de contenido de

voluntad y ánimo para entrar en el karma que se genera, es decir que llega a ser una parte del karma en preparación (dibujo, flecha).



Por el otro lado hay que tener presente que nuestros impulsos volitivos son como la parte durmiente, incluso durante el estado de vigilia, y no podemos mirar en las regiones donde en realidad vive la voluntad. Primero tenemos el pensamiento del impulso volitivo, el que en cierto modo, de una manera inconsciente, se transmite al querer; y sólo cuando la voluntad se exterioriza observamos lo que por nosotros sucede, esto es lo que con la conciencia común experimentamos en el querer. En el actuar en realidad todo lo que experimentamos en la representación, lo soñamos en los sentimientos, pero dormimos en cuanto a la voluntad como tal.

Se trata de pensamientos que hacemos entrar en la voluntad. ¿Pero únicamente cuándo?. Únicamente si no nos entregamos a nuestros instintos, o sea cuando no meramente nos entregamos a la llamada naturaleza humana inferior, la que allí abajo nos incita al querer y al actuar. Pero nuestra voluntad estará presente en lo que se desarrolla como nuestras experiencias subjetivas, si somos capaces de dominarla con pensamientos puros que se dirigen hacia la voluntad; quiere decir, si la dominamos con nuestros ideales intuitivamente concebidos. Podemos procurar que estos ideales acompañen a la voluntad pensante en su camino hacia abajo a la región de la voluntad, lo que significa que nuestra voluntad estará impregnada de moralidad. En el interior humano constantemente tiene lugar la lucha entre lo que el hombre por sus intuiciones morales hace bajar a la región de la voluntad por un lado y aquello que allí abajo excita y revuelve en su vida instintiva soñante, por el otro lado. Esto es lo que sucede en el organismo humano allí abajo; pero esto prepara a la vez el

futuro del hombre hasta más allá de la muerte. En la voluntad en realidad vive el futuro y éste influye sobre la región de los sentimientos. Algo más se entreteje en el sentir, no solamente lo que he descrito como estado anímico que tiene importancia para la vida entre el nacimiento y la muerte. En el común estado del sentir que abarca todo desde la depresión exterior hasta el exceso de alegría puede suceder todo aquello en que se entrelazan el futuro y el pasado del hombre en la vida entre el nacimiento y la muerte; pero también aquello que se extiende hasta más allá de la muerte penetra en lo que asciende desde abajo. ¿Y qué es lo que en ello vive?. En ello vive algo, que, puesto que proviene de las regiones en que no rige la conciencia, lo sentimos como lo objetivo, efectivamente es algo objetivo, porque está en relación con las leyes, por las que pasamos al más allá de la muerte como seres humanos morales. Lo que de este modo se refleja es la conciencia, ***el fuero interior.*** Considerándolo psicológicamente, hemos de ver en lo descrito el verdadero origen del fuero interior. Si la ciencia psicológica realmente quisiera estudiar estos hechos, debería examinar los pormenores de la vida anímica de acuerdo con estas indicaciones, y así encontraría por doquier hasta en los pormenores más minuciosos de la vida anímica la confirmación de lo que la ciencia espiritual antroposófica indica.

Vemos pues que nuestros sentimientos fluyen a encontrarse con nuestros pensamientos. En primer lugar fluyen hacia nuestros pensamientos subjetivos, vivificándolos; pero en cierto modo también tocan la red de los pensamientos objetivos, y en ésta nos experimentamos a nosotros mismos como dados, como un ser que por el nacimiento entra en la existencia terrenal. Por el otro lado podemos tener la sensación de un ser que pasa a través de la muerte. Basta con que efectivamente se estudie lo interior humano para verificar lo que en este interior humano ya se anuncia como señalando hacia más allá de la existencia humana, es decir hacia más allá de nacimiento y muerte, o sea hacia el mundo que no queda circunscrito a lo que existe dentro de lo sensible. Pues este mundo fuera de lo sensible nos da lo que existe en nuestro interior.

Particularmente sería importante que en una verdadera psicología — pues lo que en nuestro tiempo se llama psicología no es más que una suma de formalismo — se examine el estado de ánimo del hombre en un instante en que lo pasado y lo futuro se entrelazan. Esto conduciría a descubrir muchos enigmas de la vida humana, y se llegaría a la convicción de que no es válido un reparo muy fácil de suponer, el reparo que sostiene: ¿Qué sucedería con el hombre, si él en cierto modo constantemente dirigiese la mirada hacia su

interior a fin de examinar su estado anímico subjetivo con respecto al futuro?. Se trata simplemente de un reparo imaginado, pues se piensa que el modo como aparece el porvenir fuese de la característica de como efectivamente se lo experimentará. Ciertamente, no aparece la imagen de como se lo experimentará. Se lo experimenta en el contacto con el mundo exterior, y lo que en tal caso sucede interiormente consiste en lo que en el interior humano se anuncia como lo irradiante; y esto es algo que, por más exactamente que el hombre lo conozca, de ningún modo le puede desconcertar en su vida corriente. En general, los reparos contra el conocimiento respecto del ser humano se originan en el temor que arraiga en ilusiones, las que surgen porque sólo se juzga según la vida de la conciencia común y porque uno no se eleva a la idea de que, tan pronto que la conciencia asciende a regiones superiores, ciertamente encuentra algo totalmente nuevo.

En la conferencia anterior les he mostrado que, cuando el hombre pasa por el portal de la muerte, se desarrolla con dos anhelos, los que por un lado parten de la vida en pensamientos, por el otro lado de la vida volitiva: que la vida en pensamientos tiene el anhelo de llegar a ser mundo, mientras la vida volitiva al pasar por la muerte tiene el anhelo de llegar a ser hombre; que todo esto se extiende hasta la llamada hora de medianoche de la existencia; que después tiene lugar una inversión rítmica en tal forma que lo pensante comienza a anhelar lo humano y lo volitivo comienza a anhelar el verterse en el cosmos, de modo que lo volitivo llega a vivir en las capacidades heredadas, mientras que lo pensante vivirá en lo individual que se inserta en la nueva vida terrenal. Lo volitivo nos envuelve en lo que hemos recibido de los antepasados, exteriormente considerado: en las propiedades y substancias heredadas. Lo pensante consiste en lo que se nos inserta; y durante la vida volvemos a unir con estos pensamientos todo aquello que sacamos de las profundidades del ánimo y de la vida volitiva. Al principio se nos incorpora la vida pensante como algo que por de pronto no es cálido ni viviente como lo es nuestra vida interior en general. Si nos quedáramos con los pensamientos así como nacemos en cierto modo seríamos autómatas de pensamientos, llenos de frío interior. Pero en el instante del nacimiento lo individual interior comienza a manifestarse por la voluntad y el ánimo para compenetrar de calor y vida lo que se había enfriado en el camino desde la muerte hasta el nacimiento. Y esto nos da la posibilidad, como hombres, de compenetrar de lo cálido individual lo que desde la vastedad del universo nos debe constituir en el estado frío.

De tal manera el hombre entra y se sitúa en lo espacial y en la evolución del mundo. El pensar de la actual ciencia natural cubre con un velo estos

hechos, pues no quiere dedicarse al verdadero conocimiento del ser humano. Esto significa que en el presente él vive, y cada vez más vivirá, en tal forma que llega a conocer mucho en el mundo circundante sin conocerse a sí mismo en su verdadera naturaleza. Precisamente, debido a la actual cultura del saber y de lo demás, el hombre vive de tal manera que en el fondo no llega a conocer nada de su verdadera naturaleza. Y este estado va en aumento, hasta tal grado que, si se pudiera cumplir totalmente lo que el hombre recibe directamente de parte del conocimiento unilateral de la ciencia natural, él se enajenaría enteramente de sí mismo. Lo individual interior del hombre viviría con el afán de descongelar por su calor las masas de hielo que por el nacimiento hemos traído a la existencia terrenal. El hombre perecería anímicamente dentro de este proceso que le domina interiormente, el proceso que también se realiza si él no lo advierte, pero al que a la larga sólo lo puede soportar si es consciente del mismo. Todos los indicios del tiempo nos dicen que el hombre efectivamente debe llegar al auto-conocimiento caracterizado ahora; y debe ser la tarea de la actual vida espiritual hacia el futuro próximo, de insertar lo referido en la evolución cultural.

Pero hasta el presente la cultura ha creado grandes masas de miedo y de antipatía contra el hacerse valer lo que la humanidad necesita, si no quiere sumergirse en la decadencia, en vez de llegar a un nuevo crecer.